

Lo del siglo pasado: visión desde 2018

Fredy Fernández Márquez¹

El filósofo alemán Peter Sloterdijk, en su texto: *¿Qué sucedió en el siglo XX?* (2018), dejó plasmado el espíritu y el desencanto que produjo y que heredamos del centenario que terminó, así como los frutos que deberían recogerse para el siglo que enfrentamos hoy (XXI). Recurre al concepto de antropoceno (*del griego* ἄνθρωπος y *anthropos*=ser-humano, *κainός* *kainos*, reciente o nuevo), según Sloterdijk acuñado por el italiano Stoppani y nominado por el holandés Paul J. Crutzen: "(...) para caracterizar la era actual desde el punto de vista histórico-natural" (Sloterdijk, 2018. p. 9). De acuerdo con este pensador alemán, el concepto en mención emerge únicamente para el área de geofísica. Sin embargo:

El virus semántico-sintético parece que consiguió traspasar las bien aisladas puertas de los laboratorios y expandirse en el mundo general de la vida; y da la impresión de que se reproduce con especial facilidad en el contexto de los suplementos culturales de altura, en el contexto de la industria museística, de la macrosociología, de los nuevos movimientos religiosos y de la literatura ecológica alarmista (p. 9).

Deja de ser exclusivo y se reproduce por fuera de su contexto original, para tomar otro tinte en su significación y trascender en su amplitud reveladora, para divulgar que la herencia dejada por el siglo pasado fue todo un desacierto en cuanto la responsabilidad humana con el planeta Tierra, en la forma como se le carcome o se destruye, y, por tanto, lo dejado como herencia para las generaciones presentes y futuras, no son claras. Su intención es convertirse en un nuevo discurso político-moral desde el cual la idea a transmitir es que:

El ser humano se ha convertido en responsable de la ocupación y administración de la Tierra en su totalidad desde que su presencia en ella ya no se lleva a cabo al modo de una integración más o menos sin huellas (Sloterdijk, 2018, p. 9).

Sostener que el *anthropos* fue y es responsable con su planeta, es dejar de pensar en las destrucciones de las dos guerras mundiales y las recientes intervenciones de los países dominantes para con la periferia, es imaginarse que Atlas aún continúa cargando sobre sus espaldas el planeta como castigo. Hasta ahora a nadie se ha sancionado por la forma como se maltrata nuestra Tierra, sólo a Atlas y no fue por ello, hasta los dioses la han vejado.

¹ Filósofo. Historiador. Especialista Cultura Política. Ph. D Filosofía Contemporánea. Director del semillero Insan Universidad Católica Luis Amigó. Fundador de la revista *Perseitas*, Universidad Católica Luis Amigó. Colciencias Cvlac-Gruplac.

Su intención es mordaz al demostrar que sí ha existido responsabilidad para con sus propias acciones, pero nunca han favorecido la aldea global puesto que su actuar o la participación humana es desobligante, su disposición está por encima de los bienes terrenales. Argumenta Sloterdijk:

Por eso Marx y Engels, en armonía con el espíritu de su tiempo, pudieron afirmar: Nosotros solo conocemos una ciencia, la ciencia de la historia. A sus ojos, la historia humana representa nada más que un caso particular de la historia natural, en tanto que el ser humano *per se* es el «animal» que tiene que asegurar su propia existencia por la producción. La historia de las «relaciones de producción» no sería otra cosa, pues, que la continuación de la historia de la naturaleza en otro registro. El metanaturalismo humano no sería más que historia natural técnicamente alienada. Lo que llamamos la «naturaleza» interior del ser humano no sería lo que Spinoza llamó el impulso (*conatus*) a la autoconservación a cualquier precio, que imprime en toda vida la forma de la huida hacia delante (2018, p. 12).

Escabullirse dentro de su propio entorno es huir de su vergüenza dejando en su rastro la línea lastimera devastadora de la naturaleza. La resistencia de la *physis* o la naturaleza es divina, producto de su propio ápeiron que la volvió indeterminada, indefinida, no semejante a ninguna otra materia de esta galaxia, es decir, es lo más sublime que existe. A lo anterior, finaliza Sloterdijk con estas palabras:

El concepto de «Antropoceno» pertenece, por su gramática lógica, al grupo de las teorías pragmáticas sobre las edades del mundo. Determina una situación del metabolismo telúrico, en la que las emisiones provocadas por los seres humanos han comenzado a influir en el desarrollo de la «historia de la Tierra». El concepto de «emisión» permite reconocer que el tipo de influjo sucede hasta ahora como «efecto colateral», porque en otro caso se hablaría de una «misión» o un «proyecto». La «e» delata en «emisión» el carácter involuntario de la influencia antropógena en la dimensión exohumana. Así pues, el concepto «Antropoceno» conlleva nada menos que la tarea de comprobar si el organismo «humanidad» es capaz de hacer de un eyecto «expulsión» un proyecto o de transformar una emisión en una misión (p. 13).

Y como están las cosas con estos mandatarios mundiales, nos aproximamos más a la vieja Guerra fría que a proyectos naturales desde los cuales se narre, se acoja y se reciba una nueva forma de ver y atender a la tierra, y no a acciones de provocación en las cuales se revela un desafortunado espíritu de dominación.

Por su lado, el filósofo italiano Giorgio Agamben, en su libro: *Lo abierto: el hombre y el animal* (2016), se ve asaltado en su preocupación por la humanidad y su deshumanización, que deja de lado su verdadera animalidad. En el primer capítulo llamado: Teriomorfo, del griego *therion* (θηρίον), relación hombre animal, el autor se pregunta ¿por qué se extravía tal aproximación?: “¿Por qué los representantes de la humanidad consumada están figurados con cabeza de animal?” (2016, p. 10). El interrogante surge del mismo capítulo, ya que como lo sostiene el italiano, en la Biblioteca de Ambrosía de Milán existe una vieja biblia hebrea, aproximadamente del siglo XIII, con pequeñas imágenes pulcras a la vista. Allí, describe Agamben, se simboliza el ágape mesiánico donde se encuentran los justos, con su testa coronada, posados en una mesa acondicionada de manera espléndida:

Sorprende, sin embargo, un detalle que no hemos mencionado hasta ahora: debajo de las coronas, el miniaturista no ha representado a los justos con semblante humano, sino con una cabeza inconfundiblemente animal. No sólo hallamos aquí, en las tres figuras de la derecha, el pico del águila, la roja cabeza del buey y la cabeza leonina de los animales escatológicos; también los otros dos justos de la imagen exhiben, uno, grotescos rasgos de asno y, el otro, un perfil de pantera. Y una cabeza animal les corresponde también a los dos músicos, en particular al de la derecha, más visible, que toca una especie de viola con un inspirado hocico de simio (2016, pp. 9-10).

Estos *teriocéfalos* muestran lo que los humanos son, es y serán, no el reflejo de la animalidad, sino más bien la animalidad realizada en su más noble genealogía. Liberarse de su animalidad o separarse de ella es pensar que sólo existe el reino del hombre:

La desaparición del Hombre al final de la Historia no es, pues, una catástrofe cósmica: el Mundo natural sigue siendo lo que es desde toda la eternidad. Y tampoco es una catástrofe biológica: el Hombre permanece en vida como animal que está en acuerdo con la Naturaleza o con el ser dado (...) el final del tiempo humano o de la Historia, es decir, de la aniquilación definitiva del hombre propiamente dicho o del individuo libre e histórico, significa sencillamente la cesación de la Acción en el sentido fuerte del término (Kojève, 2007, p. 217).

Traslapar la naturaleza humana es negar la proximidad hombre-animal que deviene en ella. Actos que convergen en un mismo plano ubican la racionalidad en lo irracional, es decir, a veces existen ciertas acciones tan irracionales que los propios animales no hacen, pero el ser humano las realiza y traspasa las fronteras de la violencia.

Entre el *animalis* y el *hominis*, su cercanía debería de ser de acogimiento, fraternidad, calidad de una frugalidad que no se permita ver en el otro una oportunidad de rivalidad, sino de alojamiento en un cuidado de sí mutuo y dejar a un lado el espíritu de cazador y de cazado.

Agamben concluye su trabajo académico volviendo al principio:

Los justos con cabeza de animal en la miniatura de la Biblioteca Ambrosiana no representan tanto un nuevo declive de la relación hombre-animal, como una figura de la “gran ignorancia” que deja ser al uno y al otro fuera del ser, salvo en su ser propiamente insalvable. Hay quizá todavía un modo en el cual los vivientes pueden sentarse al banquete mesiánico de los justos sin asumir una tarea histórica y sin hacer funcionar la máquina antropológica. Una vez más, la disolución del *mysterium coniunctionis* del cual se ha producido lo humano pasa a través de una inaudita profundización del misterio práctico-político de la separación (Agamben, 2016, pp. 167-168).

Tanto Sloterdijk como Agamben evidencian su preocupación por su defeción por la animalidad en tanto contigüidad, es decir, la sima no debe borrarse entre ambos, aunque lo político como animal se haya extraviado, hay que evitar que se traspapele el *animalis hominis rei publicae*, y una de las tantas formas de obviar la separación es través de la construcción de sentido, de la posibilidad discursiva que ofrece la academia y de la socialización del conocimiento que se concreta en una producción como la Revista Institucional Universidad Católica Luis Amigó No. 2-2018, que expone ante sus lectores tres artículos de investigación, cuatro de reflexión y tres de revisión, trabajos que avvicinan lo humano en su animalidad como esencia que coexiste en su sentir y se traslada por su propio ser que vive, siente y se mueve con propia propulsión, como se describe en los artículos de investigación: “Funciones ejecutivas en un paciente esquizofrénico con predominio de síntomas negativos”. Luego “Modelo de simulación para implementar equipos de automatización en centro de distribución” e “Implementación de políticas lingüísticas en la Institución Educativa Santos Ángeles Custodios”.

Un trabajo académico de revisión, a saber: “Aplicación del concepto de autopoiesis propuesto por Maturana en la terapia familiar sistémica” ejercicio de enfoque fue cualitativo con alcances hermenéuticos, se argumenta tres categorías básicas donde el concepto de *autopoiesis* recae toda la investigación, para concluir que es una manera de profundizar como terapia en los pacientes que la requieran.

Finalmente, ejercicios de reflexión como aportes al antropoceno contemporáneo, el primero de ellos: “La cosmovisión juvenil: perspectivas ético-antropológicas en torno a la crisis de la cultura”, seguidamente, “La educación y su componente ético: aprender a vivir juntos y aprender a ser”, después, “La enseñanza de la literatura en el cine, el profesor y el canon literario” y “La evidencia de las políticas de idiomas en una escuela pública: I. E. Diego Echavarría Misas”.

En fin, una propuesta de pensamiento académica y fresca, por la juventud y disciplina de sus autores, orientada a demostrar la capacidad para repensar la contemporaneidad, al hombre y sus problemas (personales y sociales), así como a la cultura, cuya fuerza simbólica construye-deconstruye y reconstruye al ser social, político y cultural de nuestro tiempo, cuyo horizonte vital es un terreno inestable que requiere ser revisado.

Referencias

Agamben, G. (2016). *Lo abierto: El hombre y el animal*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo Editora.

Kojève, A. (2007). *La concepción de la antropología y del ateísmo en Hegel*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Leviatán.

Sloterdijk, P. (2018). *¿Qué sucedió en el siglo XX?* Madrid, España: Editorial Siruela.